

propias leyes, mis propias reglas. Y no lo hice, muchas veces por temor a herir o a molestar. Y ahora pienso que la que perdió fui yo, porque seguramente hubiera avanzado más de lo que he avanzado.

–Sin embargo, su escritura tiene momentos incisivos, contestatarios, combina el humor y la ironía; también transmite irritación, furia.

–Porque al escribir sí me permito rebelarme y decir lo que pienso, más o menos. En la ficción, sí, pero en la vida real creo que soy una persona bastante conformista. Bueno, dentro de los cánones en los que vivo, soy, más bien, de reacciones lentas.

–Pero ha reaccionado ante hechos de injusticia, de dolor, de violencia.

–Hasta cierto punto. Porque he sido muy conformista, he tardado en rebelarme, he tenido miedo de molestar a alguien, de herir, he respetado más los sentimientos de los demás que los míos.

–En la novela Paseo de la Reforma, el protagonista, Ashby Egbert, que pertenece a la clase alta mexicana, se entera de que existe otro mundo distinto al suyo cuando sufre un accidente y es hospitalizado en un centro público, donde entra en contacto con la clase popular, con los pobres de México. Usted retrata en esta novela muchas facetas del país, porque también aparece el México de la intelectualidad, de la militancia de izquierda. Ashby no sólo toma consciencia, sino que también sufre una transformación interna. Se avergüenza de ser burgués, de tener una madre esnob y sofisticada. En realidad, quiere ser pobre, como algunos de los personajes que conoce en el hospital. ¿Encuentra en ellos otra calidez humana, otra verdad que, en definitiva, es la que usted busca?

–Al protagonista de esta novela le interesa mucho ese mundo nuevo en el que entra, le parece fascinante y no quiere que vayan a pensar que él no es uno de ellos, porque todos le parecen muy valiosos, muy originales; en el fondo, muy creativos. Además de calidad y calidez humanas, encuentra también en estos personajes una voluntad de salir adelante, encuentra respeto y, sobre todo, percibe que le tienen cariño sin preguntarle nada, sin pedirle nada a cambio. Todo es regalo, todo es gratis y eso crea unas relaciones que nunca había tenido antes, y lo que menos desea es que vayan a saber que él vive en un palacio, que tiene sirvientes, que tiene todo lo que ellos no tienen. No quiere que sepan, por ejemplo, que su madre es

una esnob. Piensa que si ellos se enteran, los perderá, y lo que no quiere es perderlos.

–Usted se inició en el periodismo a los 21 años, comenzó su carrera en el diario Excélsior y lleva muchos años compaginando su labor periodística con la literaria. Ha recibido varios galardones, el Premio Nacional de Periodismo en 1979 y el Mazatlán en dos ocasiones, en 1972 y en 1992. Y ahora acaban de otorgarle otro, de 175.000 dólares, el Premio Alfaguara de Novela 2001 por La piel del cielo.

–Sí, he recibido varias distinciones, pero nunca un premio internacional como éste que te proyecta hacia un público más amplio y también a un mundo que, la verdad, te llena de ilusión y, a la vez, genera mucho miedo. Desde que me otorgaron el premio en España no he parado de dar entrevistas, de viajar, no he logrado descansar un segundo. Y, desde luego, tampoco he podido escribir nada.

–¿Usted rechazó el Premio Xavier Villaurrutia que le dieron en 1971 por La noche de Tlatelolco, porque el presidente Luis Echeverría había sido secretario de Gobernación durante el sacrificio de 1968?

–Lo rechacé, cierto. Un premio no arregla las cosas, no le devuelve la vida a los que fueron masacrados.

–Cuando se presentó al concurso que convoca Alfaguara, ¿su intuición le decía que iba a ganarlo?

–Nunca pensé ganarlo. Estaba tan insegura que ni siquiera quería dar mi nombre, me presenté con el seudónimo de Dumbo, que era el apelativo con el que yo quería firmar mis primeros trabajos como periodista en los años 50, pero mi jefe me lo impidió. Me dijo que en la redacción había otra mujer joven, con unos ojos muy grandes, a la que le decían Bambi. Así que no quería, por nada del mundo, trabajar con más seres zoológicos de Walt Disney.

–¿Está de acuerdo con quienes dicen que La piel del cielo es su obra más ambiciosa, porque en ella intenta biografar la historia contemporánea de México?

–Eso no lo sé. Lo que yo quise fue contar la lucha de un joven por salir adelante, por hacer ciencia en un país en el que es muy difícil hacer cien-

cia. Referirme, también, a un fenómeno, del que se habla tanto, el de la fuga de cerebros. Estudiantes que se van al extranjero a hacer su maestría, su doctorado, y ya no quieren volver, porque en los Estados Unidos reciben mejores salarios, tienen mejores laboratorios, entonces quieren quedarse allá, ya que las condiciones son infinitamente superiores a las de su propio país.

—Lorenzo de Tena es el protagonista de esta novela, alguien que de niño ya siente una fuerte necesidad de saber qué hay «más allá» («—Mamá, ¿allá atrás se acaba el mundo?», es la frase inicial de la novela), porque no se conforma con lo más visible y obvio. Ciertamente, es un luchador que debe enfrentarse a desigualdades sociales, a todo tipo de trampas y desidias burocráticas. Reconozco en Lorenzo algunos aspectos de Ashby y en La piel del cielo algunos elementos de Paseo de la Reforma: la tensión entre clases sociales, el mundo de la intelectualidad, el ideario comunista que se abraza y luego desencanta, la búsqueda del camino cierto, de la pasión auténtica, que en Lorenzo es la astronomía. ¿Se escribe siempre el mismo libro con variaciones para entendernos, entender el mundo y reflexionar mejor?

—Sí, quizá, pero yo creo que Lorenzo de Tena y el personaje de Paseo de la Reforma tienen poco en común en el sentido de que Ashby es un niño rico, que tiene todo a su disposición, que quiere meterse entre las filas de la gente que él admira y estima, y no lo logra. Tampoco es un gran trabajador, mientras que Lorenzo sí lo es: un gran trabajador, un investigador; además de huérfano, un niño pobre desde el primer momento. Alguien que, a pesar de todo, consigue un conocimiento del Universo, pero fracasa en su interior, en su mundo íntimo. Hay un fondo de tristeza en él que, por otra parte, todos tenemos por aquellas cosas que no hemos podido lograr, ese lugar donde el pensamiento duele es un lugar que habita también la vida de un científico.

—Lisa, la estudiante con la que Lorenzo vive un romance en EE.UU., posibilita que el protagonista de La piel del cielo se cuestione una serie de valores. Ella se niega a formalizar la relación y a seguirlo a México. Toma una actitud contraria a la que se espera de una mujer de la primera mitad del siglo pasado. En otras palabras, actúa, en cierta forma, como proceden generalmente los hombres. Más tarde, Fausta le hace ver su rigidez emocional. En sus obras, las mujeres funcionan como revolucionarias, como visionarias. ¿Son ellas, entonces, las que ven «más allá»?

–Sí, pero no se puede decir que Lorenzo no tenga capacidades de cambio y de revolución, nada más que él ha descuidado todo ese aspecto en su vida, y finalmente son las mujeres las que le ganan la partida.

–*¿Esta novela es una alegoría que recorre 70 años de la historia de México?*

–Tiene que ver, pero no es totalizadora, abarca simplemente el campo de la ciencia; mejor dicho, el de un hombre que escoge lo más difícil, que es la ciencia, y que no tiene ni recibe ningún apoyo, y entonces se siente muy frustrado.

–*Su marido, Guillermo Haro, que murió en 1988, era astrofísico y fue fundador, junto con Luis Enrique Erro, de la astronomía moderna en México. Precisamente, uno de los nombres que circula por las páginas de esta novela es el de Erro, también el de personalidades como Narciso Bassols y José Revueltas. ¿Con La piel del cielo rinde un homenaje a su marido?*

–En parte. El hecho de tener un marido astrónomo y un hijo, Mane (Emmanuel), físico, supongo que ha gravitado a la hora de escribir esta novela, y también cierta necesidad de hablar de la ciencia, del trabajo solitario, casi secreto, que se realiza en los laboratorios. El encierro y la desvinculación con el ámbito de lo cotidiano que sufren los científicos, porque ellos pueden hablar de su profesión con poca gente. Es tan específico lo que realizan, tan minoritario de alguna manera, y su lenguaje es tan complejo, que pocos se arriman a hablar con ellos. Además, la astronomía está ligada a nuestro destino. Muchas preguntas que nos hacemos sobre por qué estamos en la tierra y no en la luna, por qué hemos nacido en una época determinada y no en otra, tienen en la ciencia su asidero.

–*Son muchos los escritores y críticos de renombre que le han dedicado elogios. Entre ellos, Octavio Paz. ¿Cómo se llevaba usted con él?*

–Yo hice un libro sobre Paz, que se llamó *Octavio Paz. Las palabras del árbol*, también otro sobre un gran amigo suyo, Juan Soriano, que se titula *Juan Soriano, niño de mil años*. Por otra parte, cuando Paz era muy joven, al principio de su carrera, lo entrevisté, éramos muy amigos. Pero cuando hice la novela sobre la fotógrafa Tina Modotti, a él no le gustó, porque ella era comunista. Entonces, me habló muy mal de Tina y me dijo para qué le dedicaba tiempo, que le parecía un gran error. Me dijo que yo no entendía por qué él estaba en contra de esa novela.

–*¿Está de acuerdo con lo que decía Octavio Paz refiriéndose a los mexicanos: «Mentimos por placer y fantasía, sí, como todos los pueblos imaginativos, pero también para ocultarnos y ponernos al abrigo de intrusos»?*

–Yo creo que los mexicanos, en general, llevan varias máscaras y se esconden detrás de ellas. Siempre dicen: sí, pero no. Dicen sí cuando, en realidad, saben que nunca van a hacer lo que afirman; como cuando le dicen a uno: nos vemos el jueves o nos vemos pronto, y nunca te ven. Es una manera de eludir, en vez de decir directamente no, como dirían los españoles, no, no puedo o no quiero, los mexicanos tratan de dorar la píldora, son poco directos y poco francos en sus respuestas. Son evasivos, tienen miedo a caer mal o a que no los quieran y lo que deciden no hacer nunca, lo esconden. Cuando le están diciendo que sí, saben en el fondo, muy bien, que no lo van a hacer. Te voy a buscar, dicen, y saben que no te van a ir a buscar nunca.

–*¿Se ha dado en estos últimos años un auge de las escritoras mexicanas?*

–Sí, producido por Laura Esquivel, Ángeles Mastretta, Sara Sefchovich. Hay mujeres ahorita que están teniendo una gran respuesta de lectores. Desde luego, la que más éxito ha obtenido es Laura Esquivel, que conoció, de veras, una respuesta enorme de público, se hizo una película de su novela, que la dirigió Alfonso Arau, y yo creo que eso la marcó y marcó la literatura hecha por mujeres.

–*Dicen que hay más lectoras que lectores actualmente. ¿Qué opina usted?*

–En Latinoamérica hay un público lector femenino muy importante. Son también mujeres las que acuden mayoritariamente a las conferencias, charlas y lecturas literarias. Y las que se atreven, más que los hombres, a preguntar, comentar o discutir temas en debate. Antes, esto no ocurría, porque no estaban preparadas, porque no era bien visto o porque no se lo permitían a sí mismas. A mí me da mucha alegría que las cosas hayan cambiado en este sentido, pero todavía quedan muchos espacios por ganar para las mujeres.

* *Entrevista celebrada en Madrid el 26 de abril de 2001, con motivo de la visita de la autora a esta ciudad para presentar su libro La piel del cielo, Premio Alfaguara de Novela 2001.*



Anónimo (atribuido a Alguacil): *Azacán de Toledo* (hacia 1870).